

**UN CONCILIO TAN NECESARIO COMO PROFUNDAMENTE  
INSUFICIENTE.  
Crítica de Marcel Légaut al Concilio Ecuménico Vaticano II**

J. Amado Robles

Ya durante su misma celebración (1962-1965), el Concilio Ecuménico Vaticano II fue escenario de dos posiciones confrontadas, una doctrinal y pastoralmente abierta y progresista, que terminó por ser mayoritaria en el Concilio, y otra doctrinal y pastoralmente conservadora que, aunque minoritaria, nunca desapareció, al contrario, con el tiempo fue creciendo, hasta ser la posición, explícitamente como tal quizás actualmente todavía minoritaria, pero ubicada en el poder central de la Iglesia.

Entre ambas posiciones en los años posteriores al Concilio la discusión fue entre considerar éste como un punto de llegada, o más bien como punto de ruptura y de partida: si la fidelidad al mismo estaba en atenerse a los textos tal como fueron aprobados, con frecuencia resultado de esfuerzos por lograr consensos, con las consiguientes concesiones, o más bien a su espíritu y al espíritu general del Concilio, pastoral y abierto, que obligaba a superarlos. Hay que advertir, con todo, que el debate en sí mismo era un reconocimiento de que el Concilio había significado cambios muy importantes, en la doctrina y en las relaciones, tanto “ad intra” como “ad extra”, de la propia Iglesia. Quienes se oponían a ellos no se llamaban a engaño, y por ello acusaban de los cambios no deseados al propio Concilio e incluso a los papas, no responsabilizaban de los cambios a los abusos que pudieron cometerse en la ejecución de los mismos. Nos estamos refiriendo sobre todo a los lefebvristas.

Hoy, con los cambios de poder que ambas posiciones han experimentado, su confrontación conoce una expresión especialmente grave. Pretextando abusos en la renovación y errores en la interpretación, desde el poder central logrado, la antes posición conservadora impone en puntos significativos una reinterpretación restauradora de la teología y de la eclesiología preconiliar. Y la posición que se siente y percibe fiel al Concilio se esfuerza ahora por reivindicar los textos conciliares y, con los textos, lo que fue el “espíritu” renovador del Concilio. La interpretación que se está imponiendo ya tiene un nombre, dado por el propio papa Benedicto XVI. Según el Papa el Concilio habría sido una “reforma en continuidad”<sup>1</sup>, con énfasis, obviamente, en esta última. En otras palabras, la reinterpretación oficial del Concilio está en marcha.

Por estas razones bien comprensibles la celebración del cincuentenario del Concilio Ecuménico Vaticano II en la Iglesia católica va a estar dominada por la

---

<sup>1</sup> Literalmente «“hermenéutica de la reforma”, de la renovación dentro de la continuidad del único sujeto-Iglesia, que el Señor nos ha dado». *Discurso a la Curia romana con motivo de las felicitaciones navideñas* (22 de diciembre 2005). Aunque el interlocutor de la expresión y abordaje de este discurso parece ser la “hermenéutica de la continuidad” de los lefebrevistas (Gilles Routhier, “Sull’interpretazione del Vaticano II. L’ermeneutica della riforma, compito per la teologia” I y II, *La Rivista del Clero Italiano* 11 (noviembre 2011) 744-759 y 12 (diciembre 2011) 827-841, <http://www.vponline.it/riviste/rivistadelclero/2011/11/4/leggiPDF/> y <http://www.vponline.it/riviste/rivistadelclero/2011/12/4/leggiPDF/>, respectivamente), al unir “reforma” con “continuidad”, preparando su reconciliación, descalifica también como indebida la llamada “hermenéutica de la ruptura”, y la reforma propugnada es eso, “reforma en continuidad”.

confrontación entre ambas posiciones, sin que, en este ejercicio tan absorbente para todos por su importancia, ni una ni otra logre percatarse de la carencia más grave del Concilio, carencia que les es común a ellas como posiciones, ni nos permitan percatarnos al resto. De ahí el interés por dar a conocer la posición de Marcel Légaut, en ningún modo equidistante de ambas, puesto que valoró como una gran necesidad el Concilio haciendo propias sus propuestas renovadoras, pero del que fue crítico desde su misma celebración. Como fue crítico de los veinte siglos de cristianismo (él nació en 1900 y murió en 1990). Y por la misma razón: por convertir la humanidad de Jesús, y con su humanidad su espiritualidad, en una confesión, en un credo, y no en una vida, la propia. La crítica de Légaut recupera, superando, lo más renovador del Concilio y nos pone en la pista de Jesús, muy pronto transmutada en religión, que es la pista que los hombres y mujeres de hoy buscan, porque es la pista *de* y *del* ser humano.

La crítica en este sentido de Légaut es única dentro de la Iglesia católica, y, con raras excepciones, lo va a seguir siendo por mucho tiempo, razón que la constituye en un aporte original. Original en su valoración, además de ser necesaria en lo que reivindica. De hecho su crítica es de una profundidad humana y cristiana que la hace cierta y liberadora. Por estas razones, como un aporte a la discusión actual, a ella dedicamos el presente trabajo.

### **Un concilio sumamente necesario**

Laico católico, culturalmente moderno y discípulo, en el sentido amplio y no tan amplio, de “modernistas”, como Edouard Le Roy, Portal, Loisy, von Hügel, Blondel, Brémond, Laberthonnière, Teilhard de Chardin y otros<sup>2</sup>, Légaut no podía estar eclesial e históricamente mejor situado para percibir la necesidad de la renovación en la Iglesia y, en este sentido, identificarse con ella. Tenía 62 años cuando se inauguró el Concilio, ya era un hombre con mucha reflexión sobre el cristianismo a sus espaldas, y la vida, su vida, profesional y cristiana, lo había preparado para percibirlo como una necesidad histórica, como la ocasión tanto tiempo anhelada que no se podía dejar pasar.

Católico fervoroso desde su infancia, le costó, siendo ya joven estudiante en la Escuela Normal Superior de París y participando en un grupo católico también muy fervoroso, el grupo “Tala”, vincular lo que él llamará vocación científica y vocación religiosa, el cultivo de la ciencia y de la fe, en el fondo, ser un hombre moderno y de fe. Tan católico era o, como él dirá autocriticamente, aunque sin renegar por ello de su pasado, tan infantil y piadoso era su catolicismo. Pero logró integrar dinámica y vitalmente ambas vocaciones, gracias a los consejos y a la ayuda de hombres como el Padre Portal, a quien él considera su “padre espiritual”, y el Padre Teilhard de Chardin, que le supieron mostrar esa necesidad. Y una vez lograda, nunca más será en él punto de inquietud o cuestionamiento. En adelante será siempre hombre moderno y de fe<sup>3</sup>, entendiendo por moderno hombre críticamente formado, y no concibiendo que, ante la revolución científico-tecnológica y su impacto en la visión del mundo y en la religión, el cristiano actual pueda vivir su fe de otra manera.

---

<sup>2</sup> «compañeros en la vida de fe, de fidelidad y de búsqueda tanto de integridad intelectual y como de autenticidad en el comportamiento» los llamará él en su obra póstuma *Vie spirituelle et modernité. Entretiens ultimes avec Thérèse De Scout*, Centurión/Duculot, París 1992, p. 36.

<sup>3</sup> Decimos ‘hombre moderno y de fe’, porque lo que fue el cultivo de la ciencia, y más específicamente su especialidad, la matemática, lo abandonó cuando al cumplir cuarenta años dejó la universidad y se fue al campo, para hacerse campesino y pastor.

Pero fue además, cristianamente hablando, discípulo de “modernistas”, es decir, de hombres que percibieron como nadie la brecha enorme existente entre ciencia, en aquel entonces sobre todo ciencia histórica, y la visión poco científica con que la Iglesia leía y analizaba de manera autista sus textos fundadores, tanto en su exégesis como en su teología, y sus propios orígenes. Estos hombres<sup>4</sup>, muchos de los cuales fueron excomulgados, y cuyo amor y fidelidad a la Iglesia, además de su gran competencia intelectual, Légaut reivindicará siempre, lo marcaron con sus obras, que él tanto leyó, pero más aun con su honestidad, cristiana e intelectual, que tanto admiró e hizo propia. Al ser cerrado “en falso”, como él mismo reiterará, ese comienzo tan necesario<sup>5</sup>, su reto — un reto doble, porque se trataba del reto al que querían responder y el de su cierre “en falso” por la autoridad—, quedaba por responder, y el Vaticano II era la ocasión obligada para reabrir y cerrar correctamente lo que tan mal se cerró, el encuentro necesario entre fe y modernidad.

Tenía razones nuestro autor para ver el Concilio como una necesidad histórica, y por ello es que, aun siendo crítico del mismo como vamos a ver un poco más adelante, lo avaló en todo lo que tuvo de renovador: su naturaleza pastoral, reforma de la liturgia, valoración del laicado, colegialidad como forma de gobierno, ecumenismo, libertad religiosa, encuentro y diálogo con las otras religiones, apertura al mundo moderno... Todos ellos eran pasos valiosos en sí, y necesarios para que un día el cristianismo se pueda descubrir como lo que es, propuesta y camino de realización humana plena, de espiritualidad. Sin aquellos pasos, imposible que se dé este descubrimiento.

Por ello le dolió cuando muy pronto, ya durante su misma celebración, bajo el pontificado del mismo Pablo VI, comenzaron a darse la sustracción de temas a la competencia del Concilio como asamblea eclesial suprema y, con ello, las limitaciones a la libertad tan necesaria a la fe y en la comunidad de fe. Eran retrocesos en pasos que había que dar hacia delante. De nuevo, una vez más, la institución y la autoridad, primaban sobre la libertad y la responsabilidad de sus miembros, y el miedo sobre la audacia y la creatividad. Y le dolió aún más cuando, con el pontificado de Juan Pablo II, se comenzaron a dar signos inequívocos de restauracionismo, de vuelta en puntos muy significativos a una Iglesia preconiliar. No otro era el significado, por ejemplo, del intento por parte de la Iglesia de hacer volver a su seno la “Hermandad Sacerdotal San Pío X” creada en torno a Mons. Lefebvre, que ya en 1988, y aún antes, Marcel Légaut captó y denunció con toda claridad<sup>6</sup>. Así como denunció la vuelta atrás de la Iglesia y el rol en esta vuelta atrás de la Curia Romana en su famoso llamado “*Un catholique à son Église*” publicado en *Le Monde* (21 de abril de 1989) y que, por la repercusión más allá de la Iglesia del hecho denunciado, él mismo calificó de “llamado al mundo”. Su

---

<sup>4</sup> Los protagonistas de la conocida como «crisis modernista» fueron fundamentalmente hombres. Aunque también hubo alguna mujer,. Tal fue el caso de la inglesa Miss Maude Dominica Petre (1863-1942). Cf. el interesante trabajo de Marta Ribas Vila, «Miss Maude D. Petre y su «*Way of Fait*»», *Cuadernos de la Diáspora* n.º, 20 (mayo noviembre 2008) pp. 115-172.

<sup>5</sup> «La crisis modernista fue el primer síntoma de la crisis que se vive actualmente, pero hoy de dimensiones mucho más amplias» (Marcel Légaut, *Mutation de l'Église et conversion personnelle*, Aubier, París 1975, p. 21)

<sup>6</sup> Cf. Marcel Légaut, *Un hombre de fe y su Iglesia*, Prefacio, *Cuadernos de la Diáspora*, n.º. 22 (mayo-diciembre 2010), p. 29.

obra de 1988 *Un hombre de fe y su Iglesia* nace en este contexto y en parte es denuncia de él<sup>7</sup>.

De ahí su denuncia de esta vuelta atrás en la Iglesia y su solidaridad con quienes protestaron por ello. Lo que estaba y está en juego —porque el restauracionismo todavía sigue, ahora de manera más sistemática y global— es muy importante y muy grave: el Concilio Ecuménico Vaticano II como un esfuerzo de renovación y de cambio, sumamente valioso en sí e históricamente necesario. Por ello había que reivindicarlo, y él lo reivindicó.

### **Pero profundamente insuficiente**

Un Concilio sumamente necesario, pero profundamente insuficiente. Y ello no tanto desde un punto de vista histórico, porque quizás, históricamente hablando, eso fue lo máximo que se pudo lograr, una cierta renovación del cristianismo católico. La Iglesia no estaba preparada para más. «Los católicos en su conjunto, pasivos desde siempre, no estaban preparados para comprender la utilidad del Concilio ni tampoco estaban dispuestos a corresponderle»<sup>8</sup>. Pero sí pudo ser mucho más en sí mismo considerado, ya que, en el mejor de los casos, quedó en “aggiornamento” y renovación lo que tenía que haber sido y significado una *mutación*. Tal es la valoración que, globalmente hablando, le merece a Marcel Légaut el Concilio Ecuménico Vaticano II. Él no esperaba mucho más del Concilio, no podía esperarlo, pero, cuando otra perspectiva es deseable y, si se ponen los medios, posible, él no puede renunciar a ella ni callarla.

Desde este punto de vista, aún reconociendo que después del Vaticano II la Iglesia ha cambiado más en su manera de enseñar y de comportarse que durante los siglos pasados, él declarará que el Concilio ha cambiado bien poco o lo que cambió fueron cosas de poca importancia. Así lo advertía ya en 1966, apenas un año después de clausurado el Concilio, en una charla a un grupo de amigos: «Por más que cambien las cosas —por ejemplo, la liturgia—, si pensamos en el problema esencial, constatamos que se trata de cambios en pequeñas nimiedades. Lamento decirlo pero, en este punto, el Concilio ha resultado una nulidad.»<sup>9</sup>

«Pequeñas nimiedades», «una nulidad», podrán considerarse expresiones espontáneas, faltas de rigor, propias de una charla, y como tales, excusables. Aunque la

---

<sup>7</sup> Hay que recordar que ya en noviembre de 1971, incluso amigos como lo fue Jacques Perret y seguidores iniciales como G. Soulages, junto con otros intelectuales católicos y teólogos (J. Guittou, G. Marcel, De Lubac, Danielou, Congar, ...), van a participar en el congreso “Fidélité et ouverture” celebrado en Estrasburgo sobre el mismo tema, donde el miedo al exceso en la aplicación del Concilio por parte de algunas sectores ya era evidente. Para no citar una obra reaccionaria como lo fue *Le paysan de Garrone* de Jacques Maritain aparecida en 1966. Sobre este clima ver Domingo Melero, “A propósito de «La llamada apostólica»”, *Cuadernos de la Diáspora* n.º. 16 (mayo-noviembre 2004), p.206 y ss.; y “Ser hombre / ser cristiano. Tres cuestiones de estructura”, *Cuadernos de la Diáspora* n.º. 21 (mayo-noviembre 2009), pp. 215-216, y “Un hombre y su tradición – Introducción a *Un hombre de fe y su Iglesia* –”, *Cuadernos de la Diáspora* n.º. 22 (mayo-diciembre 2010), pp. 24-28.

<sup>8</sup> Marcel Légaut, *Crear en la Iglesia del futuro*, Sal Terrae, Santander 1988, p. 14.

<sup>9</sup> “Voy a hablaros un poco de mi libro, aún en gestación...” (Les Granges, 1966), *Cuadernos de la Diáspora* n.º. 17 (mayo-noviembre 2005), pp. 18-19.

charla era sobre la obra que estaba escribiendo (*El cumplimiento humano*<sup>10</sup>), su obra más importante, la que venía escribiendo desde años antes, de contenidos y con valoraciones muy pensadas y reflexionadas. Pero este es el juicio que mantendrá veintitantos años después en una obra, ya no en una charla, *Hombre de fe y su Iglesia*, aparecida por primera vez en francés en 1985<sup>11</sup>, juicio que subyace a todas sus obras escritas durante los años del Concilio y después, como *Introduction à l'intelligence du passé et de l'avenir du christianisme* (1970), *Mutation de l'Église et conversion personnelle* (1975) y *Creer en la Iglesia del futuro* (1985), sobre todo su prefacio, titulado "La situación de la Iglesia en el postconcilio". En *Hombre de fe y su Iglesia* dirá, de una manera que puede sonar categórica, en el sentido de autoritaria o no fundada, pero que no lo es, porque no es su estilo, ni el del capítulo (II) en el que lo expresa, titulado "La Iglesia, ¿ha cambiado?": «No creo que el Vaticano II cambiara nada importante en la Iglesia romana aunque, en el tiempo inmediatamente posterior al Concilio, pudo dar la impresión de que sí.»<sup>12</sup>. Y así lo reiterará tres páginas más adelante: «No. Nada ha cambiado realmente en la Iglesia católica actual». Aunque cuando se expresa así pareciera estar pensando sobre todo en la jerarquía eclesiástica. De hecho dirá «No. Sin prejuzgar lo que suceda en el futuro, puede afirmarse que, actualmente, *no ha cambiado nada realmente* en las perspectivas del alto personal eclesiástico que decide en nombre de la Iglesia.»<sup>13</sup>

El Concilio no pudo significar el cambio espiritual que se precisaba, porque ni siquiera lo vislumbraba. En palabras de Légaut, «...al Concilio le faltó, decididamente, promover una auténtica renovación de la vida de fe y de fidelidad en el seno de la Iglesia, a través de una profundización en el misterio del hombre y en el misterio de Dios, gracias a una comprensión más honda de lo que tuvo que vivir Jesús para ser el que llegó a ser.»<sup>14</sup>. Le faltó la inteligencia y la libertad creadoras, junto con el compromiso, que solo la vivencia profunda de la fe, la verdadera espiritualidad, puede proporcionar. No podía ser de otro modo si, como sagazmente hace notar Légaut, en el desarrollo del Concilio, al igual que en todos los anteriores, «los profesores y administradores fueron más numerosos que los espirituales y contemplativos»<sup>15</sup>. El objetivo principal era la actualización, de la doctrina, de la pastoral y de la Iglesia como institución religiosa, un objetivo más cerebral y afectivo de lo que normalmente se piensa, pero no la vida espiritual de la Iglesia en sí, de cada uno de sus miembros. De

---

<sup>10</sup> *L'accomplissement humain*. Así es como tituló lo que iba a ser una sola obra, su obra principal, en dos tomos y que luego aparecieron como dos obras y, por razones comerciales de la editorial que aceptó publicarla (Éditions Aubier), en orden inverso al previsto y querido por Légaut, primero *Introduction à l'intelligence du passé et de l'avenir du christianisme* (Aubier 1970), y luego *L'homme à la recherche de son humanité* (Aubier 1971). De las dos hay traducción al castellano: *El hombre en busca de su humanidad (El cumplimiento humano, I)*, Asociación Marcel Légaut, 2ª edición revisada, Madrid 2001, y *Reflexión sobre el pasado y porvenir del cristianismo (El cumplimiento humano, II)*, Asociación Marcel Légaut, Madrid 1999, junto con *Creer en la Iglesia del futuro*, Sal Terrae, Santander 1988, que con la anterior completa la traducción al castellano de *Introduction à l'intelligence du passé et de l'avenir du christianisme*. Por un breve tiempo el propio Légaut consideró *Mutation de l'Église et conversion personnelle* el III tomo de *L'accomplissement humain*, pero luego cambió de opinión y apareció como obra aparte (Aubier, París 1975).

<sup>11</sup> Traducción al castellano, *Cuadernos de la Diáspora* n.º. 22 (mayo-diciembre 2010). *Un hombre de fe y su Iglesia* fue el último libro de Légaut publicado en vida.

<sup>12</sup> P. 69. Énfasis del autor.

<sup>13</sup> P. 73. Énfasis del autor.

<sup>14</sup> *Creer en la Iglesia del futuro*, p. 21.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 19

esta manera, el cristianismo, incluso renovado y actualizado, siguió siendo el de siempre, un cristianismo religión, un cristianismo de naturaleza doctrinal, «judaizante», dirá reiteradamente Légaut, ritual y moral. De ahí la grave insuficiencia del Concilio.

En el mejor de los casos, el Concilio, con sus documentos y sus decisiones, pudo significar pasos previos que la Iglesia tiene que dar en la comprensión del mundo y cultura actuales, del ser humano y de sí misma, del tipo de ser humano Jesús de Nazaret, que le dio origen, en el proceso que le debiera llevar a convertirse en testimonio y propuesta de plenitud humana. Y en ese sentido, en el tiempo inmediatamente posterior al Concilio, Légaut soñó con un futuro positivo inminente. Pero solo en parte e inconscientemente el Concilio fue esos pasos. No pudo ser ni significar más. No había sido convocado para ello ni el proceso que siguió y la gestión que se fue dando lo permitía. El futuro con el que un espiritual como él quería soñar no se dio ni podía darse. Al contrario, el único futuro es el que permitía la preocupación obsesiva y casi única por la actualización o “aggiornamento”, de la Iglesia como institución —en sí misma ya concebida como institución de doctrina y de salvación—, de su doctrina y de su moral; un futuro muy convencional, que pronto se reveló limitado. Si a ello se añaden los miedos y temores ante los cambios necesarios decididos y el surgimiento, muy pronto, de una estrategia para enfrentarlos y anularlos, tendremos que lo que pudieron y debieron ser pasos previos a la conversión o mutación necesaria, han quedado, en el mejor de los casos, en hitos, si no en intentos y esfuerzos frustrados y truncados. Quienes deciden hoy en nombre de la Iglesia no van en esa dirección y, más bien, como dice Légaut, están haciendo lo posible, y ello se confirma más claramente veintitantos años después de que él lo expresara, por hacer de este Concilio una prolongación, exclusivamente pastoral, del Vaticano I, adaptada a las circunstancias contingentes y pasajeras de una época difícil, como es la nuestra.

En todo caso, un Concilio profundamente insuficiente. El origen, u orígenes, de donde procede el cristianismo, lo que Jesús fue y llegó a ser, lo que impactó a sus discípulos más allá de su conciencia e intentaron transmitir, no ya sin dificultades y limitaciones creenciales y dogmáticas, lo que cristianos espiritualmente profundos han sentido a lo largo de la historia del cristianismo, y lo que ahora, en plena modernidad, muchos hombres y mujeres intuyen y buscan, ser humanamente plenos siendo ellos mismos, todas estas razones demandan de la Iglesia católica —como en general de todas las demás Iglesias cristianas<sup>16</sup>— mucho más que una actualización de ella como institución religiosa, de su mensaje y de su hacer pastoral, por importante y necesaria que esta actualización sea. Demandan una actualización en ella, en sus miembros, en su vivir y en su actuar, de lo que fue la existencia de Jesús, traducida a la cultura actual; actualización que, dada la distancia histórica existente entre Jesús y cristianismo, Jesús e Iglesia, no podrá tener lugar si no es en términos de una *mutación* como Iglesia y en una *conversión* de sus miembros, al menos de un número significativo de ellos. Tal es la visión de base de Marcel Légaut, que a continuación vamos a exponer, para así poder entender su crítica al Concilio Ecuménico Vaticano II.

### **Visión y posición crítica de Marcel Légaut**

---

<sup>16</sup> Si en este artículo no se tratara del Concilio de una Iglesia, la Iglesia Católica, cuando es cuestión de fallas, retos y exigencias habría que hablar siempre de “Iglesias”, en plural, como sistemáticamente lo hace Marcel Légaut en su obra póstuma *Vie spirituelle et modernité* (1992).

Lo primero que, antes de nada, hay que decir es que las limitaciones y carencias del Concilio Ecuménico Vaticano II no son de él como acontecimiento histórico, son las propias del cristianismo a lo largo de toda su existencia, prácticamente desde sus orígenes.

«Desde el comienzo», «veinte siglos de crisis», «desde el comienzo de la era cristiana», «los cristianos apenas siguieron este camino alguna vez», «durante veinte siglos la lectura de las Escrituras estuvo en falso», «la Iglesia apenas si ha comenzado la evangelización del mundo»....., son expresiones todas ellas muy elocuentes, literales de Marcel Légaut, refiriéndose a esas limitaciones y carencias, a la profundidad de las mismas y a sus manifestaciones.

En efecto, para Légaut el problema grave comenzó muy pronto, prácticamente con la primera generación cristiana, desde los propios primeros discípulos que, a pesar de la gran calidad humana, de la que dieron prueba al llegar a vivir en sí mismos la experiencia que hizo Jesús, al trasmitirla tuvieron que hacerlo a partir del marco cultural religioso que era el suyo y apoyándose en él, el judío, apoyado a su vez este en un marco cultural y antropológico, como es común en todas las religiones. Ambos marcos poco adaptados a la originalidad de la experiencia que querían comunicar y ambos llenos de verdades creencias. De ahí la tentación-conveniencia en su caso de utilizar cristologías, formulaciones doctrinales, que muy pronto se hicieron confesiones de fe si no es que ya lo eran. Ahí comenzó para Légaut el problema, cuando el Jesús que experiencialmente ellos habían conocido comenzó a ser trasmitido en términos teóricos, de doctrina y catequesis, esto es, en términos de una fe necesaria y que había que aceptar. Y el problema siguió, sin solución de continuidad, con desarrollos doctrinales como el de Pablo, que puede presentar un Cristo cósmico sin necesidad prácticamente de referirse al Jesús humano. No lo necesita, sino como afirmación de que tal Cristo se reveló en la “plenitud de los tiempos” (Ga 4, 45). Pero Légaut, y con Légaut, el hombre y mujer modernos, sí. Por ello, en contraste con Pablo y en el siglo pasado con Teilhard de Chardin, Légaut dirá que su Cristo es «presinóptico»<sup>17</sup>. En efecto, el Cristo que le interesa es el Jesús humano, Jesús en su humanidad, antes incluso de que los Evangelios Sinópticos lo presenten como Cristo. Porque este es el Cristo que le interesa y que interesa al hombre y mujer modernos, el Jesús real, todavía no confesado, el Jesús humano, el hombre que, siendo profundamente fiel a sí mismo, llegó a ser lo que fue, un ser tan pleno y total que sus primeros discípulos lo llamaron Mesías, Enviado de Dios, Ungido por Dios, Hijo del Hombre, Hijo de Dios, es decir utilizaron formas doctrinales y confesionales para expresarlo.

Un Cristo no conocido en su humanidad, por sublime que sea, es teórico, y, a efectos de realización humana, lo teórico es lo más opuesto a esta, porque con su “realización” teórica sustituye y desplaza hacia este nivel lo que solo puede ser realización verdadera, existencial y práctica. De ahí que la desviación entre experiencia o conocimiento existencial y doctrina o conocimiento teórico haya ido a más a lo largo de los veintiún siglos de cristianismo, hasta nuestros días. Sólo el conocimiento de Cristo en su humanidad, como Jesús, lleva al conocimiento del ser humano de quien, a través de otros discípulos, se encuentra con él, y a la inversa.

---

<sup>17</sup> Literalmente dirá «El mío está más acá de los Sinópticos...». *Patience et passion d'un croyant*, aparecida por primera vez en Centurión, París 1976. Nosotros citamos la edición de Cerf, París 2000. Cf. p. 30.

Como es fácil percibir, el problema se originó y se origina en un doble movimiento simultáneo, que reviste la forma de teorización teológica. De una parte, la separación progresiva por parte del creyente del ser humano concreto, pleno y total, que fue Jesús, y de otra, la adhesión, también progresiva, a una religión cristiana de naturaleza cósmico-antropológica y cultural, de acuerdo a la cultura de cada época, y a las categorías en que cosmología, antropología y cultura de cada época son pensadas. En el fondo se trata de rellenar cósmica, antropológica y culturalmente el vacío que debiera haber ocupado el trabajo y cultivo del propio ser, la espiritualidad. A este relleno o sustitución, según se mire, es a lo que Légaut llama también *ideología*, y por ello dirá que como cristianos «Desde el comienzo hemos sido ideológicos... y no hemos salido todavía de ello»<sup>18</sup> o, en otra expresión equivalente, y refiriéndose al camino espiritual que hay que hacer, «los cristianos apenas siguieron este camino alguna vez»<sup>19</sup>.

Ello ha significado una crisis, en el sentido de una distorsión, permanente: veintiún siglos de crisis<sup>20</sup>, o más fuertemente aun, «veinte siglos de mediocridad»<sup>21</sup>, de extrañamiento del cristianismo con respecto a la persona y experiencia de Jesús que fue su origen. Una crisis que se agudiza progresivamente a medida que avanza y se profundiza la modernidad como cultura y visión del mundo, al ser la cultura moderna una cultura progresivamente secular y autónoma, en la que el cristianismo como religión sufre también más y más extrañamiento. Cuando la cultura, cultura de un mundo agrario, era en sí misma religiosa, no era tan visible la distancia existente entre cultura y cristianismo como camino de realización plena. Pero la crisis, la distancia o separación, ya existía, y ella tanto más grave y profunda cuanto más connatural o cultural resultaba. El hecho de que no se notara no significaba que no existiese, sino que, por decirlo así, formaba parte de la estructura del cristianismo cultural y del universo mental. Por eso es que, refiriéndose a ella, Légaut habla de «deficiencia orgánica» y «congénita» en el cristianismo y en la Iglesia<sup>22</sup>. Ahora la distancia ha aumentado, hasta hacerse una crisis muy sentida, muy rápida y muy grave. De «caída acelerada próxima al derrumbamiento definitivo» la califica Légaut en *Patience et passion d'un croyant*<sup>23</sup>. Y se ha profundizado, hasta el punto de haberse producido una brecha que parece insalvable. De hecho, mucho esfuerzo y tiempo va a requerir su superación, que de imposible e inaceptable que parece produce vértigo<sup>24</sup>.

Si desde un principio lo que comenzó a faltar fue la identificación con la dimensión más genuina de Jesús, su dimensión espiritual, que sólo se podía reflejar en su humanidad, como parte que era de la misma, sin que por otra parte el reflejo pudiera ser total ni evidente, son bien comprensibles los juicios históricos que con respecto al cristianismo, a la Iglesia y a sus responsables, hace Légaut, a algunos de los cuales ya hemos aludido: «los cristianos apenas siguieron este camino alguna vez», «*La Iglesia apenas si ha comenzado la evangelización del mundo*. Hasta ahora sólo ha tratado de

---

<sup>18</sup> Entrevista de Marcel Légaut realizada por Jean-Pierre Nave en el Carmelo de la Paz, en Mazille en 1987: <http://www.marcellegaut.fr/spip.php?article115>

<sup>19</sup> *El hombre de fe y su Iglesia*, p. 89.

<sup>20</sup> «Voy a hablaros un poco de mi libro, aún en gestación...» (Les Granges, 1966), *Cuadernos de la Diáspora* n.º. 17 (mayo-noviembre 2005), p. 18.

<sup>21</sup> *Mutation de l'Église et conversion personnelle*, p. 53.

<sup>22</sup> *Ibid.*, pp. 82 y 83, respectivamente.

<sup>23</sup> Cf. p. 83. Y en *Mutation de l'Église...*, p. 16, hablará de «desarrollo *foudroyant* de la crisis».

<sup>24</sup> *Mutation de l'Église...*, p. 19.



moralizarlo.»<sup>25</sup>, «Durante veinte siglos la lectura de las Escrituras estuvo en falso», «veinte siglos de mediocridad», ... Por ello dirá que «la Iglesia ha faltado gravemente»<sup>26</sup> a su misión: ayudar indirectamente a los cristianos a ser fieles a su ser más profundo. Y, a propósito de los papas de los tiempos modernos, que muchos han considerado muy grandes, en el sentido de estar a la altura de los tiempos, él dirá sin que le tiemble la voz: «hemos tenido papas que serán juzgados de forma extremadamente severa en el futuro»<sup>27</sup>.

¿Pudo evitarse esta falta tan grave de fidelidad del cristianismo a sí mismo, esta carencia o, más bien, falla, que cabe calificar de congénita y estructural, tan presente ha estado desde un principio? Sin miedo a hacerse preguntas, todo lo contrario, esta es una de las que Marcel Légaut se hace. Y su respuesta no es unívoca. Con frecuencia considera que no pudo ser de otra manera, dado el fondo cósmico-religioso de individuos y sociedad en culturas pasadas, con su capacidad para superponerse mediante su teología natural al cristianismo<sup>28</sup>. Y así dice que no sería justo reprochar a la Iglesia del pasado esta falla, para añadir a continuación que, sin embargo, en lo que respecta a la Iglesia actual, sería imperdonable si ésta no corrige el camino errado. Alguna vez considera lo contrario, que sí pudo evitarse. En cualquier caso, en el futuro todo tendrá que ser diferente. «¿Podría haber sido de otra forma que como fue en el pasado? Pienso que sí. ¿Tendrá que ser todo de otra forma en lo sucesivo? Sin duda. Pero esto requiere una auténtica mutación de la Iglesia, una conversión de los cristianos, importante y bastante generalizada, junto con una profundización humana más avanzada, tenazmente cultivada además, según las posibilidades de cada uno...»<sup>29</sup>.

Dado que esta forma de expresarse no es frecuente en la Iglesia, menos en la Iglesia de nuestros días, y ante ella algún lector se ha podido sentir chocado y haber catalogado ya a Légaut como un cristiano vitando, resentido en su espíritu y desabrido en su lenguaje, antes de terminar la parte de este acápite quisiera recordar al lector el tipo de cristiano católico que fue este hombre. Muy crítico, es cierto, como posiblemente en los tiempos modernos ningún cristiano católico lo ha sido, pero hijo fiel y amantísimo, si se me permite expresión tan desusada actualmente, y con razón, de la Iglesia. De ella dirá siempre ser su «madre» y su «cruz», *ma mère et ma croix*, como estampó en la dedicatoria de su libro *Mutation de l'Église et conversion personnelle*<sup>30</sup> y repetirá muchas veces en sus obras<sup>31</sup>. La expresión es una alusión a una frase de Nietzsche «que yo amo mucho», dice él: *lux mea, crux mea*<sup>32</sup>. *Madre*, porque, no sin infantilismos y carencias graves, con todo y a pesar de ello, lo engendró. Fue en ella y gracias a ella, más específicamente gracias a algunos de sus hijos, que conoció a Jesús como ejemplo de “cumplimiento humano”, como realización total, y de esta manera fue el inspirador supremo de su vida. Y es esta una posibilidad que bajo la forma de “memoria” —*haced esto en memoria mía*—, aunque sea de una manera muy infiel, la

---

<sup>25</sup> Marcel Légaut / François Varillon, *Debate sobre la fe. Dos cristianos en camino* (Desclée de Brouwer, 1972; Aubier 1978), Asociación Marcel Légaut, Madrid 2007, p. 186.

<sup>26</sup> *Patience et passion d'un croyant*, p. 92.

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 25.

<sup>28</sup> *El hombre de fe y su Iglesia*, pp. 58-59.

<sup>29</sup> Marcel Légaut / François Varillon, *Debate sobre la fe. Dos cristianos en camino*, pp. 186-187.

<sup>30</sup> «À l'Église catholique ma mère et ma croix», p. 7.

<sup>31</sup> Ver, por ejemplo, *Patience et passion d'un croyant*, p. 168, y *Debate sobre la fe...*, p. 36.

<sup>32</sup> *Patience et passion d'un croyant*, p. 64.

Iglesia sigue ofreciendo. Y es *cruz*, porque le hace sufrir. Innecesariamente, con su infidelidad y su autoridad, lo que hace este sufrir más doloroso, porque el mismo no tiene razón de ser. Pero también necesariamente, porque Légaut no se llama a engaño, y sabe que en el plano de la vida espiritual o realización humana, como en el resto de la vida, no hay alumbramiento sin dolor. En consecuencia, para él la Iglesia no solo es madre y cruz, sino que por ser madre y para serlo, también es cruz, y lo será siempre. Aunque su propuesta de Iglesia sea una superación de todo lo que innecesariamente presenta de cruz<sup>33</sup>. Por ello de preferencia hablará de la Iglesia como comunidad creadora de sí misma por la fe en Jesús y por la fidelidad de sus miembros.

De ahí que con respecto a la Iglesia o, mejor, respecto a lo que debe ser la actitud del cristiano en la Iglesia y para con ella, él lo exprese con dos verbos que considera inseparables: «portar y soportar» (*porter et supporter*)<sup>34</sup>. El cristiano, y para Légaut más aún si es laico, tiene que «llevar» la Iglesia, sobre sus hombros, con su esfuerzo y creatividad, con su crítica y sus exigencias, con su entrega y fidelidad<sup>35</sup>. Tiene que «llevarla» y «sobrellevarla» en todo lo que necesariamente tiene de cruz, y aún saber hacer del innecesario dolor virtud y creación. Pero eso sí, sin renunciar nunca al espíritu crítico.

Usando la distinción categorial que hace a otro respecto entre «indispensable» y «esencial», tendríamos que decir que para Légaut la crítica cristiana al cristianismo y a la Iglesia no es esencial a la vida espiritual pero sí es indispensable. Indispensable porque la espiritualidad como propuesta de plenitud humana no es evidente y, como hemos visto, mucho menos aún, por la distorsión de que ha sido objeto casi desde sus orígenes, la propuesta que se nos presenta como cristiana. De ahí que, en expresión de Légaut, «El espíritu crítico hace parte de la vida espiritual»<sup>36</sup>. En otras palabras, sin espíritu crítico, es prácticamente imposible, o al menos muy difícil, descubrir en el cristianismo tal como lo hemos recibido la propuesta espiritual que pese a todo contiene. Para ser cristiano hoy hay que conocer críticamente la propia tradición y ser muy crítico con ella. Légaut no se imagina como se puede ser cristiano hoy de otra manera, esto es, renunciando a la modernidad en lo que significa de adultez, cuestionamiento, racionalidad y sentido crítico. Pero es que tampoco se imagina como se puede ser cristiano espiritual sin ser un hombre y mujer maduros, adultos y, por tanto, críticos. Para él la crítica surge también del amor a la Iglesia y de la fidelidad a ella, del amor y de la fidelidad a la verdadera tradición. Por ello, y especialmente visible en su caso, más se ama a la Iglesia, más fiel se es a ella, más necesidad se siente de ser crítico, de «sobrellevarla». Es el ser mismo de la Iglesia y su misión lo que están en juego, la relación madura y adulta que hay que tener con ella. Para él no hay

---

<sup>33</sup> *Debate sobre la fe...*, p. 36. Por ello preferirá hablar de la Iglesia como comunidad creadora por la fe en Jesús y por la fidelidad de sus miembros (ver su “Ensayo sobre la fe” (parte de su obra *Mutation de l’Église et conversion personnelle*, aparecido pues en 1975), *Cuadernos de la Diáspora* n.º 20 (mayo-noviembre 2008), pp. 73-111).

<sup>34</sup> *Mutation de l’Église et conversion personnelle*, pp. 42 y 82; *Patience et passion d’un croyant*, p. 172.

<sup>35</sup> Esto que suena a minusvaloración clásica del laico, en Légaut es una ventaja, la de, al estilo de Jesús, actuar sin mandato institucional alguno pero, por lo mismo, con toda libertad y creatividad, que supone, eso sí, la opción de *mutar* la Iglesia desde su interior y permaneciendo en ella. Por ello para Légaut la *mutación* de la Iglesia vendrá de los laicos, no de quienes tienen o representan alguna función institucional.

<sup>36</sup> *Entrevista de Marcel Légaut realizada por Jean-Pierre Nave en el Carmelo de la Paz, en Mazille en 1987*: <http://www.marcellegaut.fr/spip.php?article115>. «Allí donde la actividad crítica está ausente, algo esencial falta», dirá en *Vie spirituelle et modernité*, p. 37.

contradicción o incompatibilidad entre fidelidad y crítica. Todo lo contrario, es el amor y la fidelidad la fuente de la crítica. Y es a la crítica de muchos que debemos haber podido llegar a ser hoy lo que somos. «Si hemos llegado a ser hoy lo que somos, ¿no es acaso porque, como otros muchos creyentes de fe y a la vez grandes vivientes, estamos como *desposados* con la Iglesia y por eso la impugnamos cuando es necesario, tal como hemos aprendido de ella?»<sup>37</sup>. Porque, además, para Légaut es algo aprendido de ella, de la mejor tradición o de la tradición sin más, la única verdadera, la que se inicia con Jesús, tan crítico y cuestionador de su tradición judía.<sup>38</sup>

El espíritu crítico se da en Légaut estrechamente vinculado a la necesidad de conocer la historia de la propia tradición cristiana, sin cuyo conocimiento tampoco es posible la espiritualidad, aunque por otra parte y, como ha sido el caso durante toda la existencia del cristianismo, se disponga de las Escrituras. Lo cual muestra para Légaut que, comparativamente hablando, y de cara a la necesaria conversión necesaria del cristiano, sea más importante el conocimiento de la historia del cristianismo que el conocimiento sin más de las Escrituras. De hecho este sin aquel ha sido un conocimiento o lectura en falso a lo largo de toda su existencia. Y de seguir siéndolo, de seguir echándolo hacia delante, aunque sea con actualizaciones necesarias —peor aun si es restaurándolo en sus problemas pasados— el cristianismo como propuesta de realización humana plena seguirá siendo imposible, aunque aparentemente triunfe en otros aspectos.

Esta es, en su expresión más básica y sintética, la visión y posición cristiana de Marcel Légaut, desde la que hace su crítica el Concilio Ecuménico Vaticano II.

### **Propuesta de Légaut**

Conocemos la crítica que Marcel Légaut hace al Concilio Ecuménico Vaticano II, así como la visión y posición cristiana desde la que la hace. ¿Cuál es su propuesta, aunque algunos elementos de la misma ya han ido saliendo?

La podríamos resumir en una frase: hacer como Iglesia lo que no se ha hecho en veinte siglos. Y desagregar, para su abordaje, este hacer en cinco necesidades y tareas como Iglesia: 1) cultivar la profundización humana y acompañar en ella al ser humano, 2) recuperar la dimensión humana de Jesús, 3) conocer críticamente su historia religiosa como historia de distanciamiento del Jesús humano con sus intentos por recuperarlo, 4) conocer la época actual como época de crisis y de búsqueda espiritual, y 5) dejarse transformar (*mutar*) como Iglesia institución, depositaria de una doctrina y una moral religiosas, en un camino y comunidad de hombres y mujeres plenamente realizados.

*Cultivar la profundización humana y acompañar en ella al ser humano.*

Sin profundización humana, no es posible una espiritualidad humana digna de este nombre. La espiritualidad implica tomarse la vida totalmente en serio y ello implica descubrir —de ahí el profundizar— la vida en toda su seriedad, en toda su profundidad, en todo su valor. Obviamente que, como siempre en lo espiritual, de lo que se trata es

---

<sup>37</sup> *Un hombre de fe y su Iglesia*, p. 82.

<sup>38</sup> Sobre la necesidad de tomar sobre sí la propia tradición y como lo realizó Légaut, ver la presentación-introducción “Un hombre y su tradición” que Domingo Melero hace a *Un hombre de fe y su Iglesia*, pp. 7-28.

ante todo y sobre todo de una profundización fáctica, real, no meramente teórica o conceptual. Aunque, también de la adecuada y necesaria profundización teórica, en la medida en que es parte de aquella y en función de ella. De manera que la profundización fáctica siempre sea real, esté presente y sea determinante.

Esta profundización, que implica una visión correcta del ser humano y de su existencia, así como del resto de la realidad, tiene que ser permanentemente cultivada, porque no se da espontáneamente, al contrario, es una práctica muy exigente, la más exigente de todas. Y toda institución, llámese religión, iglesia, comunidad, que aspire a ofrecerla, tiene que hacerlo. Además de exigente, ya hemos visto —precisamente ante la exigencia que supone— lo fácil que es hacer que aparezcan como equivalentes profundidad moral y religiosa y profundidad humana, y por tanto la profundidad moral y religiosa como la profundidad humana *tout court*. Cuando por otra parte es fácil ver y constatar que, por ejemplo, la primera siempre es traducible en conceptos, mandamientos, leyes y normas, y la segunda no, siempre es inexpresable. Porque es infinita e inagotable. De ahí la necesidad que experimenta el ser humano que quiere llegar a ser plenamente lo que es, de profundizar más y más en su ser, en el sentido y realización de su vida, en lo que Légaut llama no ya su vida sino su *existencia*. Una profundización que tiene comienzo, si así queremos hablar, aunque no sea muy adecuado, pero que no tiene límite. Una profundización, reiteramos, de nunca acabar, condición de existencia de toda espiritualidad.

Y de hecho la humanidad, en los seres humanos que la han ido conformando, así es como se comporta, cuestionando siempre, preguntando siempre, nunca dando las respuestas por últimas y definitivas. Porque, aun en el caso de ser éstas verdaderas, siempre queda el reto de descubrirlas personalmente como respuestas verdaderas y hacerlas propias haciéndolas experienciales.

La Iglesia como comunidad e institución<sup>39</sup>, so pena de faltar a su misión, tiene que cultivar esta profundización humana como quehacer cotidiano, suscitarla en sus miembros y en todos los seres humanos que la escuchan, y acompañarla, cosa que la Iglesia no ha hecho y a la que ha faltado gravemente. «Una deficiencia grave de la Iglesia después de siglos: haber dejado de cultivar la profundización humana». Así reza un epígrafe de la obra *Mutation de l'Église et conversion personnelle*<sup>40</sup>. Y bajo él escribe Légaut: «Esta necesidad nunca ha sido particularmente afirmada en la Iglesia. Nunca ha cultivado con aplicación en sus miembros la interioridad sin la cual este profundización es imposible.»<sup>41</sup>. La acusación es bien grave, al afirmar y reiterar que la Iglesia ha fallado en algo esencial en su misión, pero es real.

Cultivar la profundización humana y acompañarla en los seres humanos, demanda por parte de la Iglesia estar abierta a todos los cuestionamientos y preguntas en relación con sus respuestas y desarrollar al máximo el espíritu crítico, actitud y misión en las que también ha fallado y sigue fallando gravemente la Iglesia.

### *Recuperar la dimensión humana de Jesús*

---

<sup>39</sup> Reiteramos lo expresado en la nota 16.

<sup>40</sup> P. 49.

<sup>41</sup> *Id.*

Esta necesidad ya nos ha salido anteriormente, cuando fue cuestión de la visión y posición crítica de Légaut. Ya entonces vimos la importancia de la misma para él, y para una espiritualidad que se pretenda cristiana.

Un Jesús no conocido en su humanidad, es una realidad más cerebral y afectiva que otra cosa de cara a la espiritualidad, y que como tal no la permite, aun pareciéndosela, porque se presenta como creencial y divina, pero por ello mismo, sobrenaturalmente extrapolada y humanamente inasequible. De ahí su gravedad. Y este es el Jesús que la Iglesia ha conocido y presentado durante prácticamente toda su existencia, el Jesús de la fe, divino, en el que lo humano fue apariencia (docetismo). Lo contrario, precisamente, de lo que vivieron sus primeros seguidores, que únicamente lo conocieron en lo humano, como no podía ser de otro modo, y llamaron divino (Mesías, Ungido de Dios, Enviado, Hijo del Hombre, Hijo de Dios) aquello que en lo humano les resultó inexpresable. De ahí la necesidad de conocer a Jesús en su humanidad, la única manera de que resulte inspirador para todo hombre y mujer «en búsqueda de su propia humanidad».

Para descubrir lo divino en lo humano de Jesús y poder vivirlo, hay que abandonar como punto de partida el “Cristo de la fe”, el Cristo aceptado *creencialmente*, reveladamente, de la misma manera que, por razón opuesta, hay que abandonar como punto de partida el “Jesús de la historia”. Porque el Cristo que la historia como ciencia y arte pueda aprehender, aunque lo pudiera lograr de manera por así decir fotográfica, exacta, en todos sus gestos y detalles, en todos sus dichos y hechos, siempre será el Jesús de la historia, el Jesús históricamente objetivable y expresable, siempre humanamente reducido, nunca el Jesús de lo humano inasequible e inexpresable, el Jesús humanamente pleno y total, el Jesús espiritual, irreducible por naturaleza a coordenadas históricas por sofisticadas que sean. Por ello Légaut en el conocimiento que postula del Jesús humano, se aparta tanto del Cristo de la fe como del Jesús de la historia, para postular y proponer como único camino adecuado el conocimiento de Jesús en su humanidad: el conocimiento humanamente concebido más pleno, pero humano y de su humanidad.

Este es el único Jesús que existió, el único que inspiró a sus primeros seguidores en su tarea de ser ellos mismos, plenos y totales, y el único que, en la trazas de una espiritualidad cristiana, puede inspirar al cristiano de hoy y, en el fondo, a todo hombre y mujer, en la medida en que la vida de Jesús es por su profundidad del orden de lo esencial humano o universal. De ahí que sea también el único interés de Légaut como cristiano. Aunque conocer a Jesús en tanto humano no es fácil, Légaut lo sabe bien. Ya que el Jesús que nos ha sido transmitido por los Evangelios es fundamentalmente el Cristo de la fe. De ahí también la necesidad y reto de, a través del Jesús así presentado, descubrir el Jesús humano que le subyace y que de muchas maneras, con preferencia en los lugares menos teológicos y *creenciales*, en diferentes nichos, a quien busca en esa mis frecuencia u onda, se le hace conocible y divisable en parte y pese a todo.

Es la lectura de los Evangelios que propone Légaut, una lectura que durante veinte siglos ha sido hecha en falso, porque siempre ha sido hecha en términos abstractos y morales, de doctrina y de fe, y que ahora, además del conocimiento que aporta la exégesis y la teología bíblica, demanda del lector un interés espiritual genuino, acorde a su vez con el interés espiritual profundo de nuestra época y con el que fue el interés y la experiencia de Jesús. Sin este descubrimiento de la humanidad de Jesús y

esta valoración, no hay espiritualidad que se inspire en Jesús, por lo tanto cristiana, si no es que no hay espiritualidad sin más. Ya que la lectura que se hace de cualquier espiritual y texto “sagrado” es reveladora de la espiritualidad que se cultiva. Y la lectura “espiritual” es reveladora de una vivencia intelectual, afectiva y moral, pero no de una espiritualidad propiamente tal.

### *Conocer críticamente su historia como Iglesia y tradición*

Dada la distorsión espiritual experimentada por el cristianismo desde muy temprano, casi desde sus orígenes, conocer críticamente esta historia y asumir la propia historia así conocida, es fundamental para poder ser hoy hombres y mujeres cristianos plenamente humanos, plenamente realizados. Lo contrario es dar por bueno el cristianismo doctrinal y moral heredado al percibirlo como dogmático y providencial, obra del Espíritu, y seguir trasmitiéndolo así, sin más preguntas ni cuestionamientos que los que refieren a su actualización y renovación, y esto de tiempo en tiempo, lo cual es radicalmente insuficiente de cara a ser espirituales.

El conocimiento histórico de qué es el cristianismo y la Iglesia, de dónde y cómo proceden y cómo se han configurado, es el único conocimiento que, como realidades históricas, ubica cristianismo e Iglesia en su lugar, capta lo que en ellos hay de verdadera llamada a la plenitud, prioriza ésta tal como se da en lo más profundo de cada ser humano y también como tarea personal y comunitaria, de manera que no hay evasión posible, porque no hay garantía de estar ya salvado confesando una doctrina y practicando una moral, por exigente que ésta sea.

Es un conocimiento que enfrenta, pues, el cristiano a la conversión, porque no engaña ni permite engañarse. En él la espiritualidad aparece como lo que es, trabajo arduo y continuo sobre sí mismo y en toda profundidad, lleno de lucidez, creatividad y coraje. De ahí que Iglesia institución y miembros, comprendida la jerarquía, y sobre todo ella, lo esquiven tanto, aparte otras razones de endiosamiento y autosuficiencia. Porque demanda reconocimiento de una falla histórica, y vivir de la desnudez de la fe, trabajo y empeño; el trabajo y empeño más grande que puede echarse encima un ser humano. De ahí que el refugio, la evasión y el escape sean cómplices con el desconocimiento de la propia historia y lo propicien, según la formulación del epígrafe «La ignorancia de la historia de la Iglesia es una de las causas que impiden a los cristianos convertirse» en *Mutation de l'Église et conversion personnelle*.<sup>42</sup>

Dado lo que ha sido la historia del cristianismo y de la Iglesia, su conocimiento es tan importante de cara a su corrección y reorientación que solo así es posible. Consciente de ello, Légaut llega a considerar más importante el conocimiento de la propia historia que el de las Sagradas Escrituras<sup>43</sup> que, por otra parte, como él dice, en tanto Escrituras son siempre Escrituras de Iglesia<sup>44</sup>, coexistentes pues con la lectura de las mismas en términos de doctrina y de moral.

---

<sup>42</sup> P. 87.

<sup>43</sup> «La meditación acerca del pasado cristiano es más importante que el estudio de las Escrituras para entrar en la comprensión de la misión de Jesús». (*Reflexión sobre el pasado y el porvenir del cristianismo*, Epígrafe, p. 109). «La meditación del pasado cristiano enseñará al creyente más cosas que la lectura de las Escrituras» (*Id.*).

<sup>44</sup> Al señalamiento que le hace el entrevistador en el sentido de que no parece «sacralizar más la Escritura que la Iglesia», Légaut responde: «No más la Escritura que la Iglesia. Porque la Escritura es un fruto de la

Nada tiene, pues de extraño, que si la Iglesia no se ha preocupado por el conocimiento profundo y crítico de su propia historia, los cristianos católicos sean tan ignorantes y desinteresados por la misma, deviniendo así en una de sus características. La historia, la historia del cristianismo como tradición y de la Iglesia, no parecía afectar su fe. Y vaya si la ha afectado y la afecta, toda la historia pero, muy especialmente y en lo que respecta a la Iglesia católica, tres periodos que, por su importancia histórica, para Légaut el católico debiera conocer principalmente y que aquí solo vamos a enunciar: los tres primeros siglos del cristianismo, porque durante ellos es que en lo sustancial se moldeó el cristianismo tal como hoy lo conocemos; la Reforma, en el siglo XVI, por el gran reto que supuso; y el movimiento modernista, finales de siglo XIX y principios del XX, por la intuición con que percibió el gran reto que las ciencias, sobre todo la ciencia histórica, representaba para la Iglesia en la lectura e interpretación de sus textos fundacionales, y la creatividad científica con que respondió hasta que fue aplastado. La forma como la Iglesia los vivió habla muy elocuentemente de sus carencias.

*Conocer en profundidad la época actual como época de crisis y de búsqueda de realización humana*

Ya hemos visto con qué facilidad la vida humana de Jesús, y por tanto su vida espiritual, muy pronto se hizo en el cristianismo una propuesta doctrinal y, en tanto doctrinal, abstracta, no práctica, no real, dando así origen a la crisis histórica tan grave del cristianismo que conocemos. Y hemos visto cómo para hacerla frente la Iglesia tiene que cumplir con tres tareas: cultivar sin desmayo la profundización humana, recuperar el mensaje de la humanidad de Jesús, y conocer su historia como una historia de desencuentro entre su propuesta y lo que los hombres y las mujeres en su profundidad y en cada época le han ido pidiendo. Hoy a estas tres tareas hay que añadir otra: el conocimiento de la época actual como época en la que, más que en ninguna otra, esta crisis se ha agudizado, y con la crisis, la búsqueda de la realización humana por parte de muchos hombres y mujeres de hoy. Sin el conocimiento en estos términos de la época actual, otra vez la propuesta espiritual que se haga o se hace es abstracta, la solución se ve pospuesta y la crisis se agrava. De ahí la importancia de conocer histórica, social y culturalmente nuestra época, pero también espiritualmente, que no es otra cosa que conocerla histórica, social y culturalmente pero en toda la profundidad de estas dimensiones.

Esta es una necesidad de primer orden. Sin ella no hay espiritualidad que signifique o sea un vivir humano pleno. Al contrario, lo que se propone como tal es una teoría, una doctrina —*ideología*, en términos de Légaut— que lo que busca es su aceptación e internalización; una vida de acuerdo a normas siempre externas, no la vida desarrollándose a partir de su dimensión más profunda, como una creación. Una espiritualidad sin el conocimiento de la propia época, integral, humano, social, cultural, y profundo, esto es, espiritual, es una *contradictio in terminis*, y como tal, es imposible. El argumento de que, aunque sea anacrónica, siempre será espiritual, no vale. Una espiritualidad anacrónica es siempre abstracta, teórica, ideológica, y como tal, no es

---

Iglesia, de una forma o de otra». Entrevista de Marcel Légaut realizada por Jean-Pierre Nave en el Monasterio Carmelo de la Paz de Mazille en 1987:

<http://www.marcellegaut.fr/spip.php?article115>

espiritual. Una espiritualidad solo es verdadera si es hija de su tiempo o avance y adelanto del que viene, no si es anacrónica, en el sentido de pasada.

Y se trata de un conocimiento doble. Por una parte, un conocimiento histórico, social y cultural, porque de lo contrario sería ahistórico, atemporal y esencialista, en definitiva, no humano ni real, ahistórico por opción, haciendo así imposible una espiritualidad que no sea ideología fundamentalista evidente. De ahí la importancia de todo conocimiento que signifique reencuentro, empatía e identificación con el propio tiempo, como fue el del Concilio Ecuménico Vaticano II. Echando mano de una distinción que a otros propósitos utiliza Légaut, este conocimiento en sí mismo no es esencial a la espiritualidad pero es indispensable. Es la realidad “fenomenal” y como tal cambiante en la que se manifiesta la realidad real, la realidad esencial, la no cambiante.

Por otra parte, el conocimiento objeto de búsqueda como realización plena y total del ser humano, presente en todas las épocas de la historia, pero especialmente en la nuestra por la crisis de la religión como sucedáneo. Porque sin este conocimiento el otro, por muy actual y actualizado que sea, no deja de ser ideológico también, al hacer coincidir mensaje religioso y pretendidamente espiritual con visión del mundo, espiritualidad con actualización y renovación de una doctrina y de un comportamiento. Este conocimiento renovado no es fundamentalista, al contrario, se trata de un conocimiento abierto, culturalmente adecuado a la época, dinámico y motivador, indispensable, como decimos, que en el mejor de los casos sigue evolucionando al ritmo de la cultura y de la sociedad y en función de ella, pero no basta. Es ideológico también, en el sentido de limitado a la visión epocal de cultura y sociedad, sin realmente poder trascenderlas. Tal fue el límite del Concilio Ecuménico Vaticano II, límite que seremos incapaces de poder superar mientras no podamos comenzar por tomar conciencia de ello.

El conocimiento tiene que ser, pues, integral y profundo, total, de lo que es indispensable y de lo que es esencial, de lo que nuestra época tiene y significa como crisis religiosa y de lo que tiene y significa como búsqueda de realización plena. Sólo así cristianismo e Iglesia estarán en capacidad de hacer la oferta espiritual que las sociedades y culturas modernas actuales demandan.

Y la respuesta u oferta tiene que comenzar a ser hecha lúcidamente ya, con todo lo que ella implica. Argumentar que ello no sería políticamente correcto, que primero hay que reivindicar el espíritu del Concilio Ecuménico Vaticano II, hoy oficialmente negado, no es válido, es políticamente inadecuado, es ser y hacerse cómplice de la crisis espiritual de veinte siglos del cristianismo. Hay que reivindicar el espíritu del Concilio, sin duda, pero hay que reconocerlo como parte de la crisis, por más renovación y actualización que haya significado, y hay que trascenderlo. Hay que conocer la época actual en lo que tiene de crisis religiosa, y por tanto en lo que tiene de demanda de actualización y renovación de cristianismo e Iglesia, pero también en lo que tiene de búsqueda y demanda de realización plena y total por parte de los hombres y mujeres de hoy. Si bien es cierto que las dificultades, por no decir límites, interiores y exteriores que la Iglesia encuentra sobre todo en Occidente «se deben por una amplia parte a su estilo de vida que no está más en armonía con la evolución humana»<sup>45</sup>, también lo es, y

---

<sup>45</sup> *Mutation de l'Église et conversion personnelle*, p. 41.



aún más, que cristianismo e Iglesia no armonizan con la profundidad con la que el ser humano siente la necesidad de buscar hoy su propia realización humana.

### *Mutación de la Iglesia y conversión personal*

Cada tarea anterior responde, por así decir, a un reto específico. La mutación de la Iglesia, también. Si la falla de la Iglesia viene desde un comienzo, y en este sentido es estructural y casi congénita, no es una reforma lo que puede superarla, por profunda y radical que sea, sino una *mutación*, un cambio total en la naturaleza y función de la Iglesia, en su ser y quehacer más profundo, que no le va a permitir reconocerse en lo que históricamente ha sido. ¡Tal es el calibre del cambio o, mejor, transformación, que la Iglesia tiene que sufrir! La Iglesia que tiene que surgir de la mutación tiene que ser totalmente diferente: una comunidad de hombres y mujeres humanos y, por tanto, espirituales al estilo de Jesús, llamada como él a suscitar la dimensión más profunda que hay en todo ser humano y acompañarle en su realización; no una institución religiosa que, por definición, sólo puede ver al ser humano en términos *creenciales* y acompañarlo en esos mismo términos, proponiéndole una doctrina y una moral, sin sospechar nunca de su fondo espiritual. Por ello Légaut también habla de un «segundo nacimiento»<sup>46</sup>.

La Iglesia, en los hombres y mujeres que la constituyen, tiene que ser fiel a sí misma, siendo fiel a su época. Y es viviendo esta doble fidelidad que se encontrará, a través de otros cristianos auténticos, como le pasó a Marcel Légaut con el Padre Portal con la manera como Jesús vivió la fidelidad a sí mismo y a su época, siendo así cristianos. En otras palabras, en un orden existencial, de las tres fidelidades que constituyen la Iglesia, la fidelidad a Jesús no es la primera, sino más bien la última. Aunque las tres mutuamente se potencien. En todo caso la Iglesia, los cristianos, tienen que vivir las tres. Y como éste no ha sido el caso, más bien en las tres fidelidades la Iglesia ha sido infiel, su superación como Iglesia no puede consistir en otra condición que no sea la de una *mutación*, la de un “segundo nacimiento”. Comenzó por progresivamente sustituir el conocimiento insustituible de la humanidad de Jesús por un conocimiento cada vez más cristológico, confesional, dogmático y, por lo mismo, abstracto. En el origen y desarrollo de esta abstracción estaba ya la renuncia a la profundización en el propio ser, en el propio misterio, renuncia que fue siendo más y más progresiva, coincidiendo paralelamente con la negación de la necesidad de conocer la propia época. ¿Para qué conocer ésta, sus interrogantes, cuestionamientos, dudas y temas, si ya la respuesta había sido dado dogmáticamente siglos antes, en lo que al hombre y a la mujer actuales respecta veintiún siglos antes?

Un criterio formal alerta sobre la importancia del tema en Légaut. El libro que llegó a considerar, aunque fuese por un breve tiempo, el III tomo de *El cumplimiento humano*, lo tituló precisamente *Mutación de la Iglesia y conversión personal*. En otras palabras, el tema de la *mutación de la Iglesia* mereció ser el III tomo de su obra más importante, antecedido por orden de escritura de *El hombre en busca de humanidad*, o el ser humano descubriendo su ser y profundizando en él, e *Introducción a la inteligencia del pasado y del futuro del cristianismo*, o la necesidad de conocer la propia historia como Iglesia y cristianismo como una historia de distorsión y alejamiento de la humanidad de Jesús. Pero el criterio más valioso para juzgar de su importancia es el de

---

<sup>46</sup> *Mutation de l'Église et conversion personnelle*, p. 174; *Vie spirituelle et modernité*, p. 35.

la gravedad y urgencia del tema en sí: la necesaria mutación de la Iglesia. Después de veinte siglos de crisis, con la agudización que la misma ha experimentado y experimenta en nuestros días, la mutación se impone como una necesidad pese al reto titánico de la misma, Légaut ya la ve en marcha, divisando un poco por todas partes signos de ella, y así la anuncia. En su misma improbabilidad humana encuentra un gran parecido social entre el tiempo de Jesús y el nuestro, para que lo improbable ocurra. Y, porque cree en la Iglesia más allá de todo razonamiento y de todo apoyo, cree que va a suceder así. Aunque el cuándo lo ve muy lejano, y el rostro concreto que asumirá la Iglesia mutada no se la puede imaginar.

Para Légaut, la mutación de la Iglesia se anuncia imperceptiblemente después de numerosos años y él ve un poco por todas partes signos abundantes de ella, tanto en la manera como los componentes religiosos hacen crisis, como en las manifestaciones que significan búsqueda de un sentido más profundo. Así, por ejemplo, en la crisis modernista de finales del siglo XIX y comienzos del XX, donde muchos cristianos, presos del pánico más que inspirados por la fe, como él dice, no querían o no sabían ver más que un ejercicio de libre pensamiento, él veía los signos precursores de un segundo nacimiento para la Iglesia<sup>47</sup>. Y para él la mutación es imparable. Continuará invencible pese a los obstáculos, desviaciones e impasses, consciente sin embargo de que la tarea es tan enorme, que apenas ha hecho que comenzar. «La crisis actual del catolicismo no se solucionará tan pronto», advierte Légaut<sup>48</sup>.

Como una sima frente a los pasos que la Iglesia tiene que dar y como una tarea que produce vértigo incluso a aquellos que la presentan, así ve Légaut la mutación que hay que realizar. Tan imposible e incluso inaceptable, que todavía resulta inconcebible. Y es que ya no es cuestión de tener que reformarlo todo, sino que es todo lo que hay que retomar desde la base, de manera pues muy diferente.

El esfuerzo doctrinal, por ejemplo, que esta mutación de la Iglesia va a demandar, es, según Légaut, de una dimensión y de una profundidad sin proporción con el pasado, sobre todo si se tiene en cuenta que las preguntas y cuestiones que hay que plantearse y a las que hay que tratar de responder, sobre el carácter divino de la Iglesia y de Jesucristo, la relación entre ambos, la naturaleza y misión de la Iglesia..., para que la mutación tenga lugar, hasta hace poco resultaban imposibles sencillamente por blasfemas. Así es como lo enseñaban las autoridades, teólogos incluidos, y así es como los fieles lo creían, en una especie de evidencia común. «Las iniciativas e incluso búsquedas que esta mutación suscita habrían parecido antes traiciones»<sup>49</sup>. Y aún todavía hoy. Sin embargo, tal como la ve Légaut, la mutación, tan necesaria, no será detenida, aunque sí encontrará muchas dificultades y obstáculos.

---

<sup>47</sup> *Vie spirituelle et modernité*, p. 35.

<sup>48</sup> «La crisis actual del catolicismo no se solucionará tan pronto. La reorganización que la misma exige será una verdadera reconstrucción, porque, desgraciadamente, ella no se producirá antes que las ruinas se acumulen,» (*Mutation de l'Église et conversion personnelle*, pp. 26-27. Énfasis del autor). Aunque a veces expresa valoraciones como la siguiente: «Nunca hemos estado más cerca del renacimiento de la Iglesia. Son los jóvenes que la conocerán siendo ellos los principales artesanos» (*Patience et passion d'un croyant*, p. 109)

<sup>49</sup> *Mutation de l'Église et conversion personnelle*, Epígrafe, p. 28.

En primer lugar, la cultura actual, con las transformaciones científico-tecnológicas que supone y su impacto transformador en el universo mental de las gentes, promueve el cuestionamiento y la crítica a las construcciones de universos mentales anteriores y propicia una madurez en muchos espíritus humanos que, como un salto, se traduce en una demanda de espiritualidad frente a la oferta religiosa y, por tanto, en una presión por la mutación en la Iglesia. Este cambio es muy positivo para Légaut de cara a la mutación. Por otra parte, esta mutación viene siendo preparada, así la ve Légaut, desde tiempo atrás, por ejemplo desde finales del siglo XIX con la crisis modernista, con “paciencia y pasión”, por tanto no sin sacrificios, incomprendiones y sufrimiento, por los hijos más lúcidos y generosos de la Iglesia, facilitando así el encuentro necesario entre cultura y mutación.

En el contexto de renovación y actualización que ha supuesto el Concilio Ecu­ménico Vaticano II, quizás nada ayude a aclarar tanto lo que Légaut entiende por mutación como la clara conciencia que tiene de que no basta con una Iglesia comprometida en lo social y en lo político y, para ello, en armonía con demandas actuales. Es cierto que no hay espiritualidad sin compromiso. Pero el compromiso social y político por sí mismo no basta ni como expresión de la mutación ni para que esta se dé. Una visión que arranque de la dimensión social y política del ser humano no lo abarca en todo su ser, sólo la visión desde la fe, que por no tener contenidos ni verdades sino la fe desnuda en sí mismo y en el otro, lo comprende y abarca totalmente, gratuitamente. La causa o causas principales de la crisis del cristianismo y de la Iglesia no ha estado en la falta de compromiso social, es mucho más profunda, está en la ignorancia y, por tanto, en el no cultivo de la profundidad del ser humano. Y si la Iglesia sigue sin descubrir al ser humano en su ser, sin duda fallará en su misión religiosa o espiritual, por más comprometida que social y políticamente esté. Sobre este punto es abundante y profunda la reflexión de Légaut. Aquí solo hemos hecho que evocarla.

En fidelidad a su pensamiento, y para terminar, hay que evocar dos argumentos más, si no tres, los más fuertes, que a Légaut le hacen creer no ya en la posibilidad de la mutación, sino en la seguridad de la misma. En primer lugar, cree en la seguridad de la mutación, porque cree en Jesús, que fue la mutación con respecto a la religión que él heredó. Para él la vida de Jesús no puede dejar de inspirar mutaciones como la que él representó y vivió. Esa fue su misión y no puede fracasar<sup>50</sup>. En segundo lugar o, más bien, simultáneamente cree en la mutación porque cree en la Iglesia en tanto comunidad llamada a inspirarse en Jesús y vivir la vida como una existencia, en y con el sentido más pleno y total que le es inherente, como Jesús vivió la suya. También aquí él no puede dejar de creer que esto ocurrirá, porque lo contrario sería aceptar que Jesús ya no tiene capacidad de inspirar con su vida hoy la transformación que produjo en sus primeros discípulos. Aunque ante lo equívoco que puede resultar aquí el término “creer”, hay que tener presente que cuando Légaut habla de “creer” y de “fe”, está hablando de un creer y de una fe como una experiencia humana absoluta, la que se da más allá de todo razonamiento, de toda técnica o cultivo y de toda voluntad: la experiencia de ser total que se impone por sí misma. Este es el tipo de fe de Légaut en Jesús y en la Iglesia, que no es otra que la fe en sí mismo y en el otro, muy diferente de la confianza. Por ello más que en las condiciones históricas que pueden resultar ventajosas para que la mutación se dé, y que él valora positivamente, su fe se apoya en

---

<sup>50</sup> Cf. *Un hombre de fe y su Iglesia*, pp. 58-59.

la improbabilidad de que la misma ocurra. Y éste sería su tercer argumento. Una improbabilidad como la que se dio en tiempos de Jesús, y que no impidió, al contrario, que una existencia como la de Jesús tuviera lugar. Para Légaut otro tanto está llamado a suceder hoy en muchos hombres y mujeres espirituales, incluidos en hombres y mujeres cristianos, aunque no sólo en ellos. Dos improbabilidades muy semejantes, llamadas en tanto improbabilidades a ser escenario de una fe más allá de todo razonamiento y determinación.

Como es sospechable, y como el título de su obra reza, en Légaut *mutación de la Iglesia y conversión personal* van de la par. Ellas se apoyan la una a la otra. Es más, el número de cristianos convertidos en discípulos de Jesús tiene que ser significativo, para que la mutación de la Iglesia como institución sea posible. De lo contrario, «la mutación de la Iglesia abortará en arreglos precarios y en adaptaciones ilusorias»<sup>51</sup>.

Los últimos argumentos que, en fidelidad al pensamiento de Légaut y en el respeto debido al lector, hemos recogido, aun con el desarrollo que hubiesen merecido, de haber sido esta la ocasión para hacerlo, sin duda que pueden y deben ser sometidos a una discusión y ponderación, aunque no sea más que para superar posibles contradicciones en la forma como Légaut los presenta. Pero los mismos no quitan ningún valor a la necesidad de la mutación de la Iglesia, tarea que debe asumir junto con las cuatro que le anteceden si la Iglesia quiere superar su crisis de veinte siglos y que aún se manifestó en términos de grave insuficiencia en el Concilio Ecuménico Vaticano II; Concilio tan necesario como profundamente insuficiente.

---

<sup>51</sup> *Mutation de l'Église et conversión personnelle*, Prefacio, p. 12.